

EL FIN DE PROSPERO.

Ulises.

Reg.Prop. Intel. N° 127650.

“Cuando tiemblen los guardias de la casa,
y los hombres fuertes se encorven,
y cesen las muelas porque han disminuido,
y se oscurezcan los que miran por las ventanas...”
(Eclesiastés 12,3.)

Prólogo.

Desde la cumbre de Randa se domina casi toda la isla de Mallorca, con su verde campiña salpicada de pueblos blancos. Al fondo, el azul del mar nos hace tender la vista hacia el infinito. El espectáculo llena de alegría y sosiego; más aún a quien, como yo, ha nacido en estos parajes y se ha visto forzado a abandonarlos antes de vivirlos.

Por eso, al bajar del helicóptero y asomarme al borde del abismo, creí tener ante mí “todos los reinos del mundo”. Busqué con la vista mi patria chica, Próspero, de tan mala fama . Por fin lo encontré, rodeado de olivares y viñedos, pero sin caminos que llevaran hacia él. Despedí al piloto con una seña, y comencé el descenso a pie; sabía que, una vez en el llano, encontraría el camino.

Siempre llega un momento en que el demonio nos muestra todos los reinos de la tierra...

1

Que Próspero era un lugar extraño, eso todos lo sabían. El pueblo estaba situado en el centro de la isla, en un cruce de caminos donde antaño se habían juntado cuatro importantes latifundios: Ancira, Barbara, Clamores y Salvatierra. Originalmente, el cacique de Salvatierra había desterrado a este rincón de sus dominios al menos inteligente de sus hijos, Próspero, después de convencerse de que era impresentable en la limitada sociedad isleña. Su misión era la de vigilar el mantenimiento de los límites de los predios por parte de sus vecinos.

Próspero había llegado allí en una carreta tirada por dos caballos, acompañado de Jordi, un campesino oriundo de por allí cerca, y la familia de éste. Entre todos construyeron a la orilla del camino la “casona” de adobe que aún subsistía cuando mis padres y yo abandonamos el pueblo. Se habilitaron tierras de labranza y, más allá, Jordi construyó el hogar para los suyos.

Próspero se entretenía yendo a cazar ciervos con Jaume, el hijo de Jordi, y embromando a Apolonia, la hija. Uno de sus mayores esfuerzos consistió en cavar un pozo que surtía de agua a las dos casas. Desde entonces se dedicó a acechar a Apolonia, cuando la muchacha iba con su cántaro a buscar agua.

Apolonia era una chiquilla vivaz y malhumorada, que siempre estaba quejándose del calor. No era bonita, pero a Próspero le gustaba; a su debido tiempo, la dejó encinta y se la llevó a la casona. De entonces data la pareja del “tío Prospero” y la “tía Apolonia”, míticos fundadores del pueblo.

La vida en el lugar era apacible, y la presencia de Próspero y los suyos no parecía muy justificada. Sin embargo, los propietarios vecinos, molestos por la desconfianza del de Salvatierra, tomaron medidas parecidas, enviando a sus vástagos o parientes poco favorecidos a establecerse junto al cruce de caminos. Cada uno de estos vigilantes construyó su “casona”, y así nacieron los cuatro barrios en que quedaría dividido el futuro pueblo. Éste se fue poblando con vagabundos y otros indeseables, que levantaron sus chozas y tugurios a la sombra de las casonas. El pueblo se llamó Próspero, nombre que parecía un sarcasmo.

Los dos fundadores se habían dedicado a procrear y, cuando la prole fue suficientemente crecida y numerosa, el patriarca dejó a sus hijos mayores a cargo de la casona, y edificó otra de madera tras la loma más cercana. Quería tranquilidad para seguir engendrando hijos.

Después vino la guerra, el pueblo quedó en ruinas, y muchos hijos y nietos del fundador se dispersaron; mi padre fue uno de ellos, y llegó más allá del mar.

No resultó difícil encontrar el lugar. Su mala fama había hecho que los caminos originales cayeran en desuso, y las caravanas habían terminado

por formar otros que soslayaban el pueblo, pasando a campo traviesa por los antiguos feudos.

Yo, que iba solo y a caballo por uno de estos caminos, me salí de él cuando sospeché estar cerca del pueblo. El campo estaba solitario y seco; no había más que olivos, cabras y una liebre ocasional. Fue así cómo, sin tener idea clara de por dónde iba, me hallé frente a una casona de madera de la cual salieron varios perros y hombres. Éstos se acercaron, apuntándome con sus rifles. Al ver sus cataduras, pregunté:

---¿Próspero?

Ellos, emitiendo sólo sonidos inarticulados, me indicaron que los siguiera. Llegamos a la casa, y de ella salió un hombre fornido, rubio, vestido sólo con un pantalón corto.

---“Yo soy Próspero”, me dijo. “¿Quién eres tú?”

(Conque éste era el verdadero Próspero. Yo sólo había querido ver el pueblo, y ahora...)

---Soy hijo de Tansilo.

---Yo tuve un hijo que se llamaba Tansilo. ¿Te refieres a él?

---Sí.

En ese momento salió de las sombras una mujer alta, angulosa, de pelo negrísimo, que debía tener la misma edad del dueño de casa. Su tez era blanca, sus pechos flácidos acusaban el paso de los años, y su vello púbico era abundante. Digo esto porque la tía Apolonia---era ella, sin dudarlo---andaba habitualmente desnuda.

---“¡Querido nieto!”, me dijo, y me abrazó.

Los tíos fundadores nunca se habían casado, pero siempre se habían mantenido juntos, y el tío había engendrado a todos sus hijos en su sufrida compañera. En cuanto a ella, con sólo verla se daba cuenta uno de su gran vitalidad.

Al establecerse en la casa de madera, lejos de miradas extrañas, la tía había decidido no usar más ropas, porque el calor la hacía sufrir. Un domingo, ambos se habían subido a la carreta para ir a misa al pueblo—ya

se había levantado la iglesia, y el cura iba todos los domingos---. Al entrar al templo, todos los miraron con extrañeza; el cura, adelantándose, furioso, increpó a la tía, diciéndole que no era posible ir a misa desnuda, que aquello era una inconveniencia mayor, etc. Los tíos lo escucharon en silencio, subieron a la carreta y se fueron. Desde entonces no volvieron más a la iglesia, y rara vez al pueblo, ni siquiera para bautizar a sus numerosos hijos (todos los años nacía uno). El tío los bautizaba echándoles agua por la cabeza y pronunciando las palabras rituales.

Pese a su vida apartada, los tíos no eran reacios a recibir visitas; así la gente del pueblo se fue acostumbrando a la taciturnidad del tío Próspero y a la desnudez de la tía Apolonia.

Aquel día y aquella noche los pasé con ellos, quienes me contaron retazos de la historia del pueblo después de la guerra.

“Los alemanes estuvieron aquí, en esta sala”, decía el tío, arrellanado en un sillón junto al fuego, con un vaso de coñac en la mano.

“Se portaron bien”, dijo la tía; “cuando vieron que aquí no había nada que valiera la pena robar, se fueron al pueblo.” De pie junto al tío, la tía parecía la musa del pintor en el cuadro de Courbet.

---“Se fueron al pueblo”, prosiguió el tío,”pero de allí salieron huyendo. En ese antro, ni los alemanes se sentían bien.”

---Je, je. Ya antes se había ido el cura...

--Sí, por tu ocurrencia de ir a misa desnuda...

--No, lo que tú dices fue mucho antes, y el cura no se fue por eso. Se fue por la manera de ser de esa gente. Todos facinerosos, cuatreros, prostitutas...

--Bueno, no te indignes con ellos, que son sangre nuestra, en su mayoría.

--Sí. No me lo explico; tú y yo no somos tan malos, ¿no?

--“Quién sabe...” El tío paladeó su coñac, la tía se sentó en el brazo del sillón, y se hizo el silencio, mientras pasaba por la estancia el ángel de los recuerdos.

---“Pero cuando volvieron, lo hicieron por el aire, y destruyeron todo”, retomó el tío.

--Desde entonces, todo ha ido de mal en peor. ¿Quieres más coñac, querido nieto? Sírvelo. Todavía gran parte del pueblo está en ruinas, porque muchos no volvieron a vivir aquí. Y los nuevos que han llegado han sido peores que los antiguos...

--“Espero que no lo diga Usted por mí”, dije, volviendo a sentarme después de servirme otro coñac.

--Claro que no; lo dice por los vagabundos... y por alguno de nuestros parientes políticos.

--Sí... De los antiguos sólo queda Antonio, el de Ancira, con su casa de huéspedes. Cuando vayas al pueblo, alojarás allí, porque no hay otro lugar donde hacerlo...como no sea la iglesia.

--¿La iglesia?

--Está medio en ruinas, y, desde que el cura se fue, duermen allí los vagabundos y sus perros. Basilio el sacristán no ha podido echarlos.

--Mujer, te olvidas de nuestro nieto Alejandro. El es nuestro único descendiente directo, y vive en la casa más bonita del pueblo; la más antigua también.

--¿Está en este mismo barrio?

--Sí, en Salvatierra. Yo la construí, con la ayuda de tus padres, ¿te acuerdas, Apolonia?

--Ya lo creo que recuerdo cuánto me mirabas tú en aquel tiempo.

--“¿Y por qué no iba a mirar lo que me gustaba? Todavía miro y toco cuanto quiero”, dijo el patriarca, rodeando a su mujer con el brazo.

--¡Huy, qué animados estamos! Menos mal que ya pasé la edad de tener hijos...

--Bueno, tíos, creo que voy a ir a dormir, porque estoy cansado. Buenas noches, y gracias por la conversación.

---“Mañana, si vas al pueblo, anda armado”, dijo el tío a mis espaldas.

2

Al día siguiente ---y llevando un arma prestada por el tío---me encaminé al pueblo. Éste se veía solitario y triste. En el antiguo cruce de caminos se había construido una plaza rudimentaria, con un ciprés muy alto, un poco de pasto, un mástil de bandera y un pedestal sin estatua ni leyenda. Por allí andaba un grupo de chiquillos de entre siete y diez años, capitaneados por una niña rubia y bastante bonita; al verme, comenzaron a tirarme piedrecillas, riéndose y sin acercarse. La chiquilla rubia me miraba en forma muy amistosa, sin dejar de tirarme guijarros.

No les hice caso, y seguí caminando. Luego me tocó ver los perros y hombres vagos. (No se diferenciaban mucho éstos de aquéllos.) Pasado este grupo, llegué a la iglesia, abierta de par en par. Me asomé a su interior: sobre los bancos reposaban algunos hombres; un agujero en el techo dejaba caer la luz del día sobre el altar mayor. El recinto olía mal, exhalando tristeza y abandono. En algunas partes se habían desprendido las baldosas del pavimento, dejando ver el suelo de tierra. Cuando salía, se me acercó desde la calle un hombre con un extraño atuendo negro.

---¿Es Ud. turista, señor? Aquí sólo hay misas los domingos a mediodía... Para qué más, si sólo la oyen los perros, lechuzas y vagabundos...

---¿No hay mucha fe en este pueblo?

--Aquí no hay mucho de nada, salvo mala leche. Perdona, no me he presentado: soy el párroco suplente; puede llamarme Basilio.

--Tanto gusto, Padre. Yo me llamo Ulises de Allende, y nací en este pueblo. Desde entonces, prácticamente, que no volvía...

--¡Oh, qué bien! Mucho me temo que lo que verá no le guste mucho. La guerra y nuestra propia impiedad lo han arruinado todo. Ahora todos quieren irse...

--Es una lástima... Sin embargo, mi abuelo no parece dispuesto a marchar...

--¿Su abuelo de Ud. vive aquí?

--Sí; es el famoso tío Próspero, fundador del pueblo. El y la tía son un par de ancianos increíbles...

--Sí, sin duda. ¿Conque Ud. es nieto del tío Próspero? Casi todos aquí lo son. Yo, no; yo soy sobrino nieto de la tía Apolonia.

Habíamos echado a andar por la calle central, y el “párroco suplente” (ex sacristán) se ocupaba de ahuyentar a los chiquillos que nos salían al paso.

--Estos rapaces no tienen nada que hacer en todo el día. Hace años que no tenemos maestro; gracias a Dios que la señora Melisa ---la madre de esa chica rubia--- se ocupa de enseñarles algo...cuando la dejan. De modo que al menos saben leer, escribir, sumar y algo de religión. Pero se portan muy mal; en misa y fuera de ella.

Nos detuvimos frente a una casa grande y limpia, de dos pisos, la única que exhibía cierto bienestar.

---Aquí vive la señora Melisa, con su marido don Alejandro. Como Ud. también es nieto del tío Próspero, se entenderán bien, y quizá pueda Ud. alojar aquí. (Hay una casa de huéspedes, allá al frente, junto al almacén, pero no se la recomiendo; hay mucho desorden en esa casa.)

Tras este discurso, el extraño cura tocó el timbre. Salió una muchacha joven y rubia, bastante agraciada.

--¿Está tu padre? Dile que le traigo un pariente.

--Un momento.

Al rato apareció en el umbral un hombre fornido, de pelo rubio y muy parecido a mi abuelo.

--“El señor”, dijo Basilio, indicándome a mí--- “es nieto del tío Próspero, como Ud., y está de paso en el pueblo. Pensé que sería bueno que se conocieran. Con su permiso.” Y se fue.

---“Ud. dirá, señor...”, dijo el rubio, con tono dubitativo y poco amable.

--Perdone, no era mi intención molestarle, pero el párroco me trajo aquí casi sin que yo me diera cuenta. Con toda su conversación...

--¡Oh, sí, conversa mucho! Pero pase, por favor; le ruego me cuente algo más sobre Ud. mismo.

Pasamos al interior, y nos sentamos en un cómodo salón.

---Mi nombre es Ulises de Allende, y soy hijo de Tansilo, quien, si no me equivoco, debería ser hermano suyo.

--Así es; él abandonó pronto este pueblo. Yo... todavía aguanto, con los míos.

--Mi padre me sacó de aquí poco después de mi nacimiento. Yo he vivido siempre en el extranjero; de allí mi nombre, que quizá le parezca extraño.

--No, en absoluto... Veo que porta Ud. armas. ¿Tan mal le han hablado de nuestro pueblo?

--Quien me prestó esta pistola fue mi abuelo el tío Próspero, en cuya casa me alojé anoche. Según él, es necesaria para andar por aquí.

--Pues no lo sé... Pero, si quiere usarla, adelante. Yo soy el alcalde y no me opongo.

Después de una pausa, prosiguió:

--En honor a la verdad, hay que reconocer que éste es un pueblo extraño. Yo soy el alcalde y jefe de policía, autonombrado; mi mujer hace de maestra de la chiquillería, y el loco de Basilio, de cura. ¡Hasta dice misa, siendo que no pasó más de un año en el seminario!

--¿Qué, no es cura?

--¡No, qué va a ser! Por eso se presenta como párroco “suplente”. Aquí no ha vuelto ningún cura después de la guerra.

Otra pausa.

--Parece que no existimos para las autoridades, civiles y eclesiásticas.

--Ahora que lo recuerdo, ya me habían dicho los tíos que aquí no había cura.

--¿Y le contaron la gracia de la tía, al aparecerse desnuda en misa?

--¡Oh, sí! ¡Ja, ja!

Reímos. Luego Alejandro dijo, levantándose:

--Voy a llamar a mi mujer y a mi hija mayor para que lo atiendan y lo acomoden. Después, si le parece, le puedo mostrar mi casa.

--Estaría encantado. Su casa parece la mejor del pueblo.

--Así es. Y considérala tuya durante tu estadía, querido sobrino.

--Muchas gracias. .. pero Basilio me habló de una casa de huéspedes...

--¡Olvídala! Es una pocilga. Los de Ancira no saben vivir. Con permiso.

Salió, y al poco rato volvió con su mujer Melisa y la muchacha que había abierto la puerta y que se llamaba Olga. Con la ayuda de ellas acomodé mi magro equipaje en una habitación del segundo piso.

Después el dueño de casa me mostró su propiedad, la cual era bastante grande, como que colindaba con el campo: a lo lejos se veía la loma que ocultaba la casa de los “tíos”. En este hogar reinaban el bienestar y casi la opulencia; todo estaba tan limpio que brillaba, formando un gran contraste con las imágenes que yo traía del resto del villorrio. Había una huerta, un jardín, un establo, con vacas y un magnífico toro Champion. (“Éste es mi orgullo”, dijo Alejandro.) También había un garaje, que albergaba un auto FIAT, negro y espacioso, único vehículo motorizado de la aldea junto con la camioneta de Antonio, el hotelero-almacenero.

Al ver los animales, me acordé de mi caballo, a quien había dejado amarrado al ciprés de la plaza, y le pedí permiso a Alejandro para traerlo. Él se ofreció para acompañarme. Por el camino me conto más detalles de su familia. Al ver a la chiquilla rubia de los guijarros, le gritó: “¡Melisa, ven acá! Saluda al señor, que es sobrino mío.” La chiquilla nos saludó, muy seria, y nos siguió por el resto del camino.

Por la tarde – una tarde lluviosa y gris--- fuimos al bar y prostíbulo de Maricruz, ya que no había otro lugar donde tomar unas copas y conversar. Hasta el “cura” Basilio estaba obligado a acudir allí si quería remojarse el gaznate.

Maricruz había sido la dueña antes de la guerra, en tiempos de relativo esplendor. La patrona actual tenía otro nombre, pero todos la llamaban Maricruz, a ella y al local.

Éste era un lugar lúgubre y desvencijado. Con el bombardeo de los alemanes, una viga había caído sobre la barra de los bebedores, dejándola ondulada, con una depresión a la mitad. Se había reparado el techo, pero no se habían repuesto las lámparas, de modo que la iluminación era bastante deficiente. En un rincón, un aparato Wurlitzer ponía una nota de color y de música. Los hombres de la aldea, sentados de a dos o de a tres en las mesas, tomaban tragos varios. En el rincón más oscuro, sentado junto a una estufa, vegetaba un viejo pequeño y flaco, el marido de la actual Maricruz; se decía que ésta le pegaba.

Alejandro y yo nos sentamos a una mesa y, frente a sendos vasos de malvasía, tuvimos una conversación que sería decisiva.

---¡Vaya lluvia! En fin, es buena para los cultivos.

--Aquí no parece que se cultive gran cosa...

--No lo creas. Yo tengo viñedos (tú ya los has visto); otra gente tiene olivares y hasta frutales. Mi vecino Antonio –el que vive al frente—es quien comercializa todo. Pero la mayor parte es sólo para subsistencia y trueque entre nosotros.

Paseé la vista por el local.

--No es éste un lugar muy alegre, que digamos.

--Tienes razón. Pero un prostíbulo nunca es alegre.

Después de una pausa:

--¿Has visto la depresión en la barra?

--Sí. ¿Qué pasó?

Alejandro me contó lo de la caída de la viga.

---Después de la guerra vino la decadencia de este lugar. Se fue el cura, se fue el maestro, se fue Maricruz... y nos quedamos sin fuerzas vivas. ¡Ja,ja!

Nueva pausa.

--Antes sí que era buena la cosa. Ahora... mejor apagar la luz e irse.

--¿Tú quieres irte?

--A la larga, creo que sí. Cualquiera otro a quien le preguntes, te dirá que sí, y ahora mismo. Al final se van a quedar sólo los tíos.

--Pero, ¿por qué querías irte tú, con tu casa nueva...

--No tan nueva; tiene cincuenta años.

--Limpia, impecable; con tus tierras, tus animales...

--Como Abraham... No, bromas aparte, es por la educación de las niñas, ¿sabes? Ya has visto a Melisa; anda por ahí como una golfa.

--Es bonita y graciosa, al menos a mí me sonrío mucho.

--¿Y no te ha tirado piedras? ¡Milagro!

Después de otra pausa, aventuré:

--¿Tú dices que todos quieren vender sus casas e irse?

--Irse quieren, pero vender no pueden (ni yo tampoco).

---¿Por qué?

--Después de la guerra, cuando todo eran ruinas, el padre del tío Próspero (viejo vivo, que en paz descanse) retuvo su barrio y compró los otros tres. Al morir legó todo a Próspero; ahora él es el dueño del pueblo y nosotros sus arrendatarios.

--Ya veo...

--Le pagamos el arriendo en especie; y con gusto, no creas que no. Ellos dos son como los dioses tutelares del pueblo.

Y levantando el vaso, agregó en voz alta:

--¡A la salud de los tíos fundadores!

--¡Salud!, corearon varias voces masculinas. Fue una confirmación impresionante de la popularidad de los tíos.

Terminamos nuestros tragos y nos fuimos. La lluvia había cesado, y las nubes ocultaban y descubrían alternativamente la luna llena.

4

La conversación con Alejandro me reafirmó en mi propósito. Sólo me faltaba conocer al otro “notable” de Próspero: Antonio, el de Ancira. Me dirigí a la tienda, situada frente a la casa de Alejandro: era ésta un recinto húmedo, anticuado, con rollos de alambre colgando de las paredes, por el suelo sacos de abono y de semilla y, por todas partes, objetos de ferretería; al fondo había un gran mostrador y, tras él, tarros de conserva, bebidas, etc. Tras el mostrador también estaba el propio Antonio, sentado en una silla. Era un hombre moreno y cuadrado, tanto en la forma de su cabeza como en toda su fisonomía. Al entrar yo, me dijo:

--¿Ud. es el señor de Allende?

--Así es. Veo que aquí las noticias vuelan rápido.

--Todo se sabe, señor. Anoche lo vi donde Maricruz. Su primo debió habernos presentado.

Levantándose, me dio la mano.

--¿En qué puedo servirlo?

--La verdad es que sólo buscaba conocerlo a Ud. , ya que ando recorriendo el pueblo. Es un viaje sentimental, ya sabe...

--¡Ah, claro! Bueno, pues aquí me tiene. Yo y los míos estamos a su disposición. Si me lo permite, me gustaría mostrarle mi tienda y mi casa... Todo es uno, sabe Ud....

Dando la vuelta al mostrador y abriéndose de brazos, dijo:

--Esto que Ud. ve es toda la tienda; la única del pueblo, adonde vienen a comprar y a robar todos mis paisanos... ya le habrán dicho que tenemos fama de ladrones. Yo les robo de una manera, y ellos a mí de otra. ¡Ja, ja!

Luego de una pausa:

--Yo soy una especie de banco central; si no fuera por mí, en este pueblo ni siquiera circularía el poco dinero que ahora circula. Yo lo presto, ellos me compran, yo llevo sus productos a vender a otros lugares...Mi único empleado es mi hijo Florencio, quien ahora anda por ahí con la furgoneta. En realidad, trato de usarla yo, y que él se quede aquí; pero a veces cambio el esquema. Para variar un poco, más que nada. ¡Hay que combatir el aburrimiento! Por aquí, por favor.

Cruzamos una puerta y salimos a un patio. En su centro había pasto y un gran magnolio.

---Mi casa funciona también como casa de huéspedes...como ya le habrán dicho. Casi nunca aloja nadie, sin embargo. Mi nuera Marcelina es quien atiende a los huéspedes. Si me lo permite, voy a buscarla. Yo debo volver al negocio para vigilar.

Caminó unos pasos y luego, dándose vuelta, me dijo:

--Mi mujer no sé dónde anda; ya se la presentaré.

Y siguió hacia dentro de la casa. Lo oí llamar:”¡Marcelina! Ven a atender a un señor forastero.”

Me quedé mirando aquel extraño patio, cuya arquitectura no era isleña, sino más bien sudamericana. Había puertas en las cuatro alas, y supuse que tras este patio había otro, y tal vez el campo, como en la casa del frente. Al rato apareció una mujer negra bastante joven.

--“Adelante, señor”, me dijo muy sonriente, y me condujo a una habitación, como si yo fuera un huésped.

--“¿Ud. es africana?”, pregunté yo, sin percatarme de adónde me llevaba.

--Sí, señor; de Nigeria.

Estábamos en una habitación amplia, con una ventana a la calle. Ella se dirigió a la ventana y procedió a correr las cortinas. Luego, acercándose a mí:

--Al llegar a la isla, no hablar ni castellano ni mallorquín; sólo yoruba. Pero ya llevar varios años aquí.

--Y estás casada con Florencio, ¿no es así?

Ella se había desabrochado la blusa. Sus pechos oscuros se agitaban levemente; yo no pude dejar de mirar aquellos pezones pequeños y puntiagudos, más negros que el resto. Dijo:

--Sí, pero a él no importarle si a mí gustarme un huésped...

Yo alargué la mano, tomé aquellas protuberancias y busqué sus labios. Lo demás es fácil de imaginar.

Cuando terminamos, ella me dijo:

--¡Ir a buscar equipaje y volver!

“Ir, sí; volver, no sé”, pensé yo, y salí de aquella casa.

Era mediodía; el sol brillaba y no se veía un alma. Terminé de recorrer el pueblo, pensando en el extraño método promocional de Antonio (o de Florencio y Marcelina).

Las otras casas de la manzana, contiguas a la de Antonio, eran cada vez más pequeñas, hasta terminar en verdaderos tugurios. Flanqueaban los bordes de la propiedad, y el de Ancira los subarrendaba a varios pobretones. Había un par de bocacalles, con suelo de barro y casas pequeñas y viejas, y eso era todo el pueblo, tan alejado en la realidad de lo que su nombre significaba.

La furgoneta de Florencio casi me atropelló al enfilarse a toda velocidad por una de estas callejas. La conducía un joven desgarbado, pálido y de cabello rojizo, muy distinto a su moreno y cuadrado padre.

5

Aunque ya tenía mi decisión tomada, al día siguiente me encaminé a Randa. Comencé a subir por el camino conocido, entre piedras y matorrales dispersos. Había sol, y la atmósfera transparente prometía una vista maravillosa desde la cumbre; todo invitaba a estirar las piernas y los pensamientos.

Iba sumergido en ellos, cuando sentí una voz:

---Bon dia. ¿Aho va vostè?

Miré, y a la sombra de un pino maltratado por el viento, vi un hombre de unos cuarenta años, con barba, y vestido con un hábito monacal blanco y negro.

---“Perdoni”, le dije. “Vaig a la cima.”

---“A la cima no es pot anar per qualsevol camí.” Después, pasando al castellano: “No es Ud. la persona que hace unos días llegó aquí en un helicóptero?”

--Efectivamente. ¿Me vio Ud. esa vez?

---Vi al helicóptero llegar e irse; después lo vi pasar a Ud. Perdona la curiosidad, pero: ¿ya se marcha? ¿El helicóptero lo vendrá a buscar ahora?

---No, sólo quiero caminar un poco. Dentro de unos días ocurrirá lo que Ud. dice. Ahora, si me lo permite, le preguntaré: ¿quién es Ud.?

---Soy el Hermano Salvador, ermitaño de este monte.

---Como Raimundo Lulio, ¿eh? ¿Y lleva muchos años aquí?

“Sólo dos años; antes fui monje allá abajo” ---dijo, señalando con el brazo—“ en Cura. Y antes...”

---¿Antes, pecador?

---Sí, mucho. Ahora rezo por los pecados de toda Mallorca, y en especial de Próspero.

---¡Próspero! ¿Ud. es de allí? Yo nací en Próspero, y también tengo mi historia; podríamos intercambiar historias... Quizá hasta seamos parientes...

---“Siéntese Ud.”, me dijo, y se sentó sobre los talones, a la sombra del pino. Yo lo imité, pero debí cambiar de postura varias veces durante nuestra conversación.

---No somos parientes, señor...

---Ulises de Allende, para servirlo.

---Señor de Allende, porque yo no nací en Próspero, sino que llegue allí siendo un mocetón hecho y derecho. Tendría unos veinticinco años... era alto y fuerte, y mi misión era mantener el orden en el bar de Maricruz.... Sí, así comenzó mi vida en Próspero, como un pecador más. Entre otras, tomé de amante a una muchacha africana que llegó, casi al final de mi estadía, medio desorientada...

---¡Marcelina!

--- ¿La conoce Ud? En ese tiempo se llamaba Fátima, y era musulmana. Yo la bauticé, y le puse su nombre actual.

---Ya lo creo que la conozco... Es nuera de un ricacho del pueblo.

---“Sí; don Antonio. Florencio, su hijo, la quiso sacar de allí. Yo me opuse, navaja en mano; pero entre varios me dieron una golpiza y me echaron del pueblo. Me refugié en este monte, porque temía que me buscaran para matarme. Después de unos días viviendo, como un animal acosado, de lo que robaba en los campos, decidí pedir refugio en el monasterio de Cura. Llegué un día, antes del amanecer; al entrar a la iglesia y oír aquel oficio de Laudes, fue tal mi impresión que en ese momento supe que debía quedarme allí para siempre. Y aún hoy pertenezco a la comunidad de Cura. Hará dos años que obtuve permiso para volver a vivir en la falda del monte. Entre todos los Hermanos construimos la choza que Ud. ve allí”—señaló a su derecha, más arriba--, “y desde entonces vivo aquí con el Señor.”

---¡Qué vida tan curiosa!

---Es cierto. Recordando aquel tiempo, me parece irreal. ¡Cuán ignorante era yo... no de las letras, sino de lo que Dios da!

Quedamos un rato en silencio. Luego yo comencé:

---Yo nací en Próspero. Mi padre, Tansilo, era hijo de los tíos fundadores; pero, poco después de nacer yo, mis padres me llevaron consigo a América. Todos mis hermanos nacieron allí. Mi padre hizo fortuna en el Nuevo Mundo, y pudo legarnos bastante a cada uno de nosotros. En mi calidad de hijo mayor, heredé el negocio paterno, y en los últimos treinta años he conseguido hacer crecer los negocios familiares hasta tal punto, que mi fortuna actual se mide en millones de dólares.

---¡Caramba! Ud. deja chicos a los ricos de aquí...

---No lo dude, y ello me permitirá favorecerlos.

---¿Piensa efectuar mejoras en el pueblo?

---Vamos por partes... Cuando Ud. me vio bajando este cerro, acababa de ver a lo lejos mi pueblo natal, después de medio siglo. En los últimos días lo he recorrido, he hablado con todos, y me he formado una impresión lastimosa: pobreza, abandono, suciedad... Todos quieren emigrar.

---Y Ud., ¿cómo piensa favorecerlos?

---Ayudándolos a emigrar.

---No quisiera entrometerme, pero... no me parece que sea ésa la mejor manera de favorecer al pueblo. Se podrían hacer mejoras materiales: pavimentación, alcantarillado, luz eléctrica...

---¡Ja, ja, qué ermitaño tan materialista! Ud. vive muy bien sin nada de eso...

---Yo soy una excepción, para bien o para mal. No puede tomarme como ejemplo.

---No, Hermano. Para mejorar a este pueblo, habría que demolerlo y volver a edificarlo a partir de la nada. Y a sus habitantes... también. ¡Y lo digo aunque sean parientes míos! Sólo los tíos se salvan.

---Ud. me suena como si quisiera hacer caer fuego del cielo sobre ellos.

---Ya cayó una vez, y no se han recuperado.

---Ah, sí, el bombardeo.

---Ellos tienen razón al querer emigrar. El contacto con otros aires los hará sentirse distintos. Por eso yo quiero ayudarlos, dándole a cada familia una prima que le baste para vivir un año por lo menos. Ud. quizá ignora que ellos no son dueños del lugar que habitan; el tío Próspero es dueño de todo el terreno y sus edificios.

---¿Ud. piensa comprarle todo eso al tío? No creo que acceda.

---Accederá. A él le daré condiciones más favorables que a nadie.

Hubo una pausa larga.

---Su plan me parece satánico. No me hable más de él. Rezaré para que fracase.

---Ya que ha mencionado al diablo, ¿cómo encuentra la vista que se goza desde aquí? ¿No le parece estar viendo todos los reinos de la tierra? El vivir aquí debe ser una tentación continua.

---“Sí, pero no por ese motivo.” Miró al sol, que estaba alto, y dijo:” Debe ser mediodía. Si Ud. quiere, puede acompañarme a rezar Sexta.”

---Gracias, pero prefiero seguir hasta la cumbre. De todos modos, le ruego rece por mí.

---Lo haré. Y recuerde que a la cumbre no se puede llegar por cualquier camino.

---“Adeu”, dije, levantando el brazo y alejándome.

Continué el ascenso por un rato, pero hacía mucho calor y me detuve antes de llegar a la cima. Desde donde estaba vi el techo de la cabaña del Hermano Salvador ; más allá, la campiña isleña y, al fondo, el mar. Me quedé un buen rato absorbiendo el silencio y meditando las palabras del ermitaño. ¿Por qué mi plan le parecía diabólico? Mi decisión estaba tomada: le pediría a mi anfitrión y amigo Alejandro que, en su calidad de alcalde, convocara a una reunión de todos los varones del pueblo; hablando primero con ellos podría conseguir su apoyo en caso de que el tío se mostrara “duro de pelar”.

Ya decidido, comencé a descender por la otra vertiente.

6

Al entrar al pueblo, me encontré con el habitual grupo de niños que, como de costumbre, me tiraron piedrecillas, capitaneados por la sonriente Melisa. Varios ancianos, sentados en la cuneta de la plaza ---no había bancos--- sonreían también. Luego apareció por el otro extremo de la calle Andrea, una mujer perturbada de unos treinta años , y comenzó a lanzarme piedras y a gritar:

---¡Los aviones van a destruir el pueblo, y ese forastero tiene la culpa!

Al alboroto acudió la señorita Griselda, una solterona que había querido ser profesora, y que no perdonaba a la mujer de Alejandro el haberse posesionado de ese cargo; esta señorita tenía una especie de asilo donde cuidaba de Andrea y un par de otros extraviados como ella.

Ésta seguía gritando:

---¡He visto en sueños aviones volando sobre el pueblo! ¡Este pueblo va a morir!

---“Ya, ya”, le dijo la señorita . “Lo dices por el bombardeo. Pero eso ya pasó, y no volverá a ocurrir. Vamos a casa..”

Lentamente la hizo entrar en razón, y se escabulleron hacia Bárbara, que era su barrio.

Pasado el incidente, conseguí hablar con Alejandro acerca de mi proyecto. El primo se mostró favorable, y mandó anunciar la reunión a uno de los chiquillos lanzadores de guijarros, llamado Ferrán. Éste se puso a recorrer las cuatro calles del pueblo, leyendo en voz alta y aguda un papel que decía más o menos así:

Proclama Especial.

“El alcalde de esta localidad cita a todos los jefes de familia y de hogar a una importante reunión que tendrá lugar hoy, 15 de mayo de 1980, a las seis de la tarde en la iglesia parroquial, para tratar temas del mayor interés para todo el vecindario. Se dirigirá a nosotros el Sr. Ulises de Allende, natural de este pueblo, y actualmente de visita en él. Se ruega asistir con puntualidad. Alejandro, alcalde.”

---“Vendrán”, me dijo Alejandro. “Aunque sólo sea por curiosidad.”

Y así fue. Aquella tarde, mucho antes de la hora, la nave central de la iglesia estaba llena de hombres con trajes grises y raídos. En medio de ellos destacaba una mujer de ropas llamativas, con un mantón rojo, falda del mismo color y grandes aros: Maricruz.

Basilio, el “cura suplente”, de pie delante del altar, hizo una corta oración--- para recordarles a todos que estaban en la “casa del Señor”---, y luego el alcalde pronunció las solemnes palabras:

--En nombre de Dios, se abre la sesión. Escuchamos a nuestro ilustre visitante.

Yo caminé hacia el ambón; pero, en ese momento, apareció en la puerta la loca Andrea, que comenzó a alborotar de nuevo. Esta vez, Florencio, el hijo del tendero, se levantó y, tomándola del brazo, se la llevó a la rastra sin ninguna ceremonia.

Terminada la interrupción, comencé mi discurso:

---Queridos amigos y compaisanos: Después de casi medio siglo, he venido a conocer mi pueblo natal. He conversado con muchos de ustedes, y todos me han comunicado su íntimo deseo de emigrar; aún su alcalde, que vive en la casa más hermosa del pueblo, quiere lo mismo que todos Ustedes. Yo no soy millonario, pero tengo cierta fortuna; por medio de ésta, me propongo ayudarlos a emigrar. Ofrezco a cada jefe de familia una prima equivalente a un año de trabajo, más algo por cada carga familiar.

Se produjo rumor de voces bajas. Maricruz levantó la mano y preguntó:

--¿Mis pupilas cuentan como cargas familiares?

--Sí, señora.

Antonio preguntó luego:

--¿Nos dará tiempo para vender nuestros enseres?

--Véndanmelos a mí. ¡Silencio, por favor! ...Sé que Uds. no son dueños de la tierra que habitan; que el dueño es el tío Próspero. Pues bien, para que mi proyecto resulte, es necesario de todo punto que el tío acceda a venderme el pueblo; sólo entonces podré beneficiarlos a Uds. de la manera que he dicho...

Nuevos rumores. Maricruz preguntó:

--¿Se puede saber por qué, señor?

--No, no lo puedo decir... Entiendan: mi propósito es no sólo ayudarlos a Uds., sino inmortalizar a este pueblo y a sus fundadores... Por eso necesito que me apoyen, en caso de que el tío Próspero se ponga difícil...¿Me ayudarán?

Grito atronador:

--¡Sí!

Terminado el griterío, los que estaban sentados más atrás se dieron vuelta, y pronto todos estaban mirando hacia la puerta. En el vano de ésta, llenándolo casi por completo, apareció el mismo tío Próspero. Detrás de él se veía a Andrea; había caminado hasta la casa del tío para prevenirle de que el extranjero tramaba algo raro con los hombres del pueblo. El tío se adelantó y, dirigiéndose a todos, preguntó con su vozarrón:

--¿Qué se trama a mis espaldas?

Todos lo miraban acobardados. Después, encarándose conmigo, me dijo:

--“Hijo Tansilo” – siempre me llamó con el nombre de mi padre---”¿qué es esto? ¿Para qué está reunida aquí esta gente? Esta pobre loca”--- dijo, indicando a Andrea, ---“dice que tú quieres destruir el pueblo.”

--Quiero inmortalizar a este pueblo y a sus fundadores, tío Próspero. Y para ello quiero y necesito comprarle a Ud. este asentamiento; digamos, tres

kilómetros a la redonda, a partir de la plaza. Es decir, hasta el vado, más o menos, por el lado de Salvatierra.

---“No es tanto lo que pides. ¿Y qué pasará con ellos?”, dijo, indicando a los aldeanos.

--Todos quieren irse; y, si nuestro negocio se cierra, yo los ayudaré a emigrar en las mejores condiciones.

--“¿Es así, Alejandro?”, agrego, dirigiéndose al alcalde.

--Sí, tío.

--“¿Estáis de acuerdo?”, dijo en voz alta, mirando a la muchedumbre.

“¡Sí!”, volvió a clamar ésta.

--“Bueno, pues esto parece cosa hecha. Vamos a mi casa”, me dijo, “para ultimar los detalles.”

--“¡Viva el tío Próspero! ¡Viva don Ulises de Allende!”, gritaron todos. Y, en medio de las aclamaciones, nos subimos a la carreta del tío. Por el camino acordamos los detalles financieros; el tío quedó satisfecho con lo que le ofrecí, más una renta vitalicia.

7

La fiesta de despedida –a la que estaba invitado todo el pueblo, aún los “cojos y mancos”---se celebró en la casona de Alejandro. Se instalaron mesas largas en el jardín trasero; se mató al toro Champion; se trajo vino y bebidas en abundancia, y poco después del mediodía comenzó a llegar la gente.

Como es habitual en estos casos, no se sentaron a la mesa hasta las tres de la tarde, y a las seis aún estaban allí. Ya comenzaba a oscurecer, y faltaban los invitados principales. ¿Dónde estarían los tíos? Todos comenzaron a mirar hacia la colina que ocultaba la casona de madera y, ¡oh, sorpresa!, vieron una gruesa columna de humo que se elevaba desde allí hacia el cielo. Varios hombres corrieron en esa dirección. Yo corrí con ellos; al llegar al vado nos encontramos con los tíos que venían en su carreta.

La tía Apolonia iba de pie junto a su marido. Se sacó el poncho y, tocándole los hombros, le dijo:

--Abrazame...

Él soltó las riendas, e hizo lo que ella le pedía.

--¡Apolonia!

--“¡Próspero!”, respondió ella, mientras veía las estrellas.

Epílogo.

Hice un buen negocio con la Diputación de Baleares. (Sabía que las autoridades planeaban construir un nuevo aeropuerto para la isla, pues el de Palma se estaba haciendo pequeño.) Sólo les puse dos condiciones: que el aeropuerto se llamara Próspero, y que el cementerio del pueblo, donde reposan mis abuelos, fuera respetado. En un rincón de este recinto triste y sin alma hice construir, junto a la tumba de los tíos, una estatua de la inmortal pareja con su atuendo acostumbrado; a los pies de ellos, una lápida recordatoria:

A PROSPERO Y APOLONIA

SUS DESCENDIENTES.

Siempre que paso por aquí, les dejo flores, y siempre encuentro otro ramo de flores frescas.

FIN.

Santiago, 2000.

“El fin de Próspero”.

Autor: Ulises = Raúl A. Simón Eléxpuru

Las Hortensias 2453, depto. 32

Providencia, Santiago, CHILE.

Tel.: 56-2-2310546.

Nacionalidad: chileno.